

INTRODUCCION a la lectura del ANTIGUO TESTAMENTO

ADOLFO GROSS

La Biblia. Palabra que suena a libro gordo. A superproducción cinematográfica con descanso. A grandes personajes, casi míticos, como Moisés el libertador, Salomón el sabio, David y Goliat (el pequeño contra el grande), Caín y Abel (el malo y el bueno). A gigantescos acontecimientos como los de la torre de Babel, o el diluvio, el arca de Noé, las parejas de animales (los dinosaurios desaparecieron porque no cabían en el arca, he oído explicar alguna vez). A nuestros primeros padres, Adán y Eva, y todo aquello del barro, la costilla, la serpiente, la manzana y el paraíso perdido. Y a más cosas todavía, como tal vez a Abrahán en el difícil momento de prepararse a matar a su hijo Isaac, y que me parece recordar dibujado en azul en las lejanas pastas de una Historia Sagrada. Una historia para muchos precozmente aprendida, no comprendida y pronto casi olvidada.

Sin embargo, LA BIBLIA ES MUCHO MAS QUE TODO ESO. Primero porque los libros del Génesis y el Exodo, únicos popularizados, no son los únicos que la componen. Segundo porque Biblia no significa exclusivamente Antiguo Testamento, sino también Nuevo, NECESARIO PARA COMPRENDER EL ANTIGUO, y con el que estamos más familiarizados a través de las epístolas y evangelios dominicales. Y sobre todo, tercero, cuarto, quinto, etc., porque la Biblia es algo más que una colección de crónicas, anécdotas, mitos, personajes y pensamientos espirituales, pasto de curiosos, eruditos y espíritus devotos. LA BIBLIA ES LA PALABRA DE DIOS HECHA HISTORIA Y A TRAVES DE LA HISTORIA. La historia del pueblo de Israel. Nuestra propia historia. Una historia con un único sentido que trasciende y unifica cada una de sus páginas. Incluso la mía propia, que voy creando día a día, a treinta y ocho siglos de distancia de la Elección y la Promesa hecha a Abrahán.

La Biblia está de moda. Y precisamente, porque es algo más, porque es la Palabra de Dios; porque amamos especialmente la verdad y la buscamos en su fuente. En unos años se ha desintegrado el tabú que la tenía relegada al paréntesis de exegetas y teólogos. Ya no es "peligroso" leer la Biblia. Y las editoriales multiplican sus ediciones, que nutren las bibliotecas de cabecera de los buenos cristianos.

Pero la decepción espera a muchos a la vuelta de la esquina. No está tan clara la palabra de Dios. Ni es tan edificante la historia de Israel. Los menos preparados se estancan en el aburrimiento. No entienden casi nada. Apenas los pri-

meros capítulos del Génesis y lo del pecado original. Otros, de mayor cultura, tropiezan precisamente ahí, y no entienden cómo conjugar los adelantos de la ciencia con la inerrancia de la Escritura. Pocos son los que de veras logran una lectura inteligente y profunda.

¿Qué hacer? ¿Estamos condenados a no leer la Biblia? ¿O debemos leerla sin entenderla?

Mi propósito es, en parte, responder a esas preguntas, en lo que se refieren al Antiguo Testamento. E introducir, de alguna manera, a su lectura.

CINCO REFLEXIONES PREVIAS Y ELEMENTALES

No podemos acercarnos al A. T. con una precipitada cultura de periódico y televisión. No es un libro más de nuestra biblioteca. Nos exige una actitud doble: actitud de estudio, que nos introduzca y acerque a cada página, y actitud religiosa de fe que las ilumine y nos solidarice con ellas. A orientar esta doble actitud y a introducir todo lo que digamos después, van dirigidas estas cinco (podían ser más) reflexiones. Algunas de ellas han sido más ampliamente desarrolladas en el artículo anterior. A él me remito.

la biblia (a. t.) no es un premio nobel

No está escrita por un contemporáneo. Nuestra mentalidad, lenguaje, costumbres, estridencias y problemática está a muchos siglos de distancia. Su contexto cultural-religioso-político-económico... se inscribe en coordenadas distintas. Y EN LA BIBLIA, PALABRA (REVELACION) E HISTORIA (ENCARNACION) SON INSEPARABLES. No entenderemos la una sin la otra. "NO ENTENDEREMOS A DIOS, escribe Renckens en "Así pensaba Israel", SI ANTES NO ENTENDEMOS A ISRAEL, pues el Israel histórico no cambió bajo la acción divina. El mensaje de Dios a la humanidad tiene una forma histórica determinada, accesible siempre a nuevas investigaciones: la forma típicamente israelita. No sólo es isrealita la expresión sino todo: también y principalmente su mundo de ideas, sin excluir las referentes a la religión y a la moral".

No estamos, pues, ante un premio Planeta, o una novela de Bernanos, Kafka o Green. Sino ante un mundo distinto que hemos de estudiar y conocer; una historia sin bombas de hidrógeno, pero condicionada por su propia geografía, economía y política internacional.

En este sentido, un primer paso podría ser el de situar esa historia en la Historia. Desligar, en lo posible, a Abrahán de esa nebulosa de Patriarca para incorporarlo al calendario. Rastrear las huellas de Moisés y David conductores privilegiados del pueblo de Israel y buscar sus restos mortales entre los de sus contemporáneos. Reducir a cada rey, a cada profeta, a su propia circunstancia. Y registrar en el pasado no sólo las fechas de Hammurabi, Ramsés II, Homero, Platón, Aristóteles, Alejandro Magno o Pompeyo, sino igualmente la de sus contemporáneos los israelitas. Es decir, vincular a Israel en el contexto político... que va desde la duodécima dinastía egipcia hasta la hegemonía del imperio romano.

el a. t. no es un gigantesco diario

Esto es importante. Necesario para comprender el A. T. Este no es un gigantesco DIARIO que los Patriarcas, Jueces, Reyes y Profetas se transmitían cuidadosamente de generación en generación, y que escribían puntualmente antes de acostarse. La recopilación de las distintas tradiciones que componen el Pentateuco (Génesis, Exodo...) y su redacción definitiva se realiza tras la vuelta del Exilio (s. VI) entre los siglos VI-V. Es un ejemplo. Y fácilmente comprenderemos que aquellos primeros acontecimientos y vivencias de Abrahán (¿s. XVIII?), los demás Patriarcas y Moisés (s. XIII) adquirieran en la narración una luminosidad, profundidad y trascendencia, que tal vez no comprendieran sus propios protagonistas. Una nueva perspectiva los ha enriquecido: las nuevas palabras que Yahveh a transmitido a su pueblo a través de muchos siglos, y que iluminan su pensamiento cuando éste se vuelve hacia atrás. No estaba todo tan claro desde el principio.

Es necesario, pues, caer en la cuenta de que el A. T. puede y debe sufrir un desmontaje cronológico, sin menoscabo de su verdad e historicidad. Y paralelamente un desmontaje literario. Dios no grababa sus palabras en una cinta magnetofónica, que luego era transmitida o traducida al pueblo por los hombres inspirados. Eran precisamente esos hombres, quienes inspirados por Dios, y en contacto con las realidades del pueblo, interpretaban y transmitían esa palabra interior. Y utilizando unos conocimientos humanos, un lenguaje humano, una imaginación humana propia de su tiempo. La inspiración no tuvo por qué llenar las lagunas del saber profano de Israel. Ese desmontaje literario nos obliga a aproximarnos a la verdad e historicidad de la Escritura, investigando qué es lo que el autor quería y podía decir; y qué forma de expresión escogió para ello.

una circunstancia para cada libro

Ese desmontaje cronológico-literario afectaría a cada libro y a cada capítulo. Incluso, a veces, a versículos determinados. Porque la Biblia no es un libro escrito de un tirón. Ni siquiera, en cierto sentido, es un solo libro, sino muchos. Uno en cuanto que procede de un solo Espíritu y tiene una única trayectoria. Muchos (45 en el A. T.) porque esa obra del Espíritu de Dios está "llevada a cabo merced a la heterogénea actividad de los hombres, con su mentalidad y evolución determinadas por el espacio y el tiempo, con sus propias formas de pensamiento y expresión, con sus informaciones exactas o defectuosas" (Renckens).

La comprensión de CADA UNO DE ELLOS NOS EXIGE UN DETERMINADO ESFUERZO DE ACERCAMIENTO. Está situado en un momento concreto de la historia, del que depende, distinto a los demás en la profundidad de su reflexión. El A. T. es la historia del pueblo de Israel que ha vivido muy distintas experiencias: éxitos y fracasos, dudas y sueños. Todas ellas impulsadas por una conciencia religiosa que se profundiza y repiensa, que se supera a medida que avanza hacia su meta. Conciencia vinculada estrechamente al pasado, teatro de sus experiencias, y al futuro, centro de atracción de su dinamismo y meta de la gran profecía que constituye su propia historia.

ni tan sabios, ni tan santos

Un obstáculo que hemos de superar al acercarnos al A. T. es la difusa tendencia a considerarlo como un estado privilegiado de amistad con Dios, de sabi-

duría y santidad colectiva que hemos de añorar o reconstruir. No. Dios escogió un momento de la historia del mundo para intervenir. El concepto salvación comenzó a tener una dimensión trascendente en el vocabulario de los hombres. Pero la historia de la salvación no ha terminado todavía. Formamos parte de ella. La vivimos con mayor conciencia y plenitud. Los israelitas vivieron sólo sus comienzos.

Así podemos afirmar que nuestra sabiduría es superior a la de Salomón y los profetas. Y que la santidad del pueblo de Dios es hoy superior. Sobre todo desde el momento en que el Verbo de Dios (Palabra, Sabiduría, Santidad, Salvación...) "se hizo carne y habitó entre nosotros".

La historia es irreversible. Y avanza hacia la plenitud de los tiempos, sin deshacerse nunca del pasado, sino apoyándose en él para proyectarse hacia el futuro. Ese es precisamente su presente.

No debe pues decepcionarnos no encontrar formulada la palabra de Dios en el A. T. tan clara y ampliamente como tal vez deseáramos. Algo así como un catecismo definitivo. No es legítimo, ni tiene sentido, proyectar en Abrahán todos nuestros conocimientos. Ni siquiera los del pueblo de Israel del siglo IV. Ni tienen, tampoco, por qué escandalizarnos esas idas y venidas del pueblo de Israel, de la idolatría al culto del Dios verdadero, durante siglos de su historia; o esos pecados, individuales y colectivos, de adulterios, crímenes y venganzas, intensificados en el período turbulento del reino. A pesar de ello, Dios seguía guiando pacientemente a su pueblo hacia la total luminosidad de la revelación.

hacia el nuevo testamento

Este título puede servir de resumen de todo el A. T.: "hacia el Nuevo Testamento". Sin él, no tiene sentido el Antiguo. Su dinámica, su pensamiento tienden definitivamente a Cristo. En Cristo encuentra la plenitud de sentido, su explicación total y definitiva. JESUS ES EL VERDADERO ELEGIDO, LA PROMESA MISMA; LA REALIZACION DE LA NUEVA ALIANZA Y DEL NUEVO REINO; LA VERDADERA SALVACION DE ISRAEL. Son realidades fundamentales que hemos de tener presentes siempre que leemos el A. T. Por eso, nosotros creyentes, podemos comprender mejor que los propios israelitas la palabra dirigida a ellos (y a nosotros), después de que Dios se ha revelado en Cristo plenamente. "Para el creyente (la Biblia hay que leerla con fe) hay más, nos dice Gelin (Ideas Fundamentales del A. T.). El sabe que el plan de Dios sobre la humanidad es uno y coherente y que tiene siempre en la intención a Cristo y su Iglesia, y que todas las realidades bíblicas (personajes, situaciones, instituciones) entrañan una referencia objetiva a ambos. El A. T. es una inmensa profecía, cuyas estructuras fundamentales es preciso volver a encontrar. Una tierra misteriosa surcada por avenidas reales que conducen a Cristo".

Y con esta última, de nuestras cinco reflexiones, nos introducimos en el breve y necesariamente superficial recorrido por el A. T. a caballo de esas líneas fundamentales que constituyen a su vez los momentos cumbres de esa inmensa y maravillosa profecía que desembocará en Cristo.

en resumen

No es fácil leer el A. T. Nos exige una doble actitud de acercamiento: desde una perspectiva crítica y una perspectiva religiosa, que nos capacite para cap-

tar el sentido y los límites de la palabra de Dios. Si la logramos, descubriremos en su lectura dimensiones insospechadas que robustecerán nuestra vida interior, y profundizarán nuestra visión de la historia, de los hombres y de Dios

MOMENTOS (o líneas) FUNDAMENTALES DEL A. T.

No olvidemos lo dicho hasta ahora. Por un lado, que la palabra de Dios, en el A. T., es inseparable de la historia de Israel. Que esa palabra se desarrolla, a través de los acontecimientos, iluminándose a sí misma con nuevas palabras. Que termina encarnándose y realizándose plenamente en Cristo. Y por otro la misma historia de Israel: con sus éxitos y fracasos, sus infidelidades y pecados.

Porque en medio de los inagotables temas de estudio que nos ofrece el A. T., nos vamos a limitar a señalar esos momentos fundamentales de la Palabra y la Historia. Son intervenciones determinadas de Dios, sobre los que continuamente se volverá la reflexión de Israel, y que se desarrollarán cada vez más cargados de contenido. Momentos dinámicos que atraviesan linealmente todo el pensamiento de Israel y que, como repetidamente hemos dicho, terminan en Cristo. Estos serán: ELECCION, PROMESA, ALIANZA, REINO Y SALVACION. Y un presupuesto que también evoluciona: el MONOTEISMO. Comencemos por él.

un solo dios: yahveh

“Escucha Israel: Yahveh es nuestro Dios, sólo Yahveh. Amarás a Yahveh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden grabadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes; las atarás a tu mano con una señal, como un recordatorio ante tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas” (Deut. 6, 4-9).

A Dios se le nombra en la Biblia más de 6.700 veces bajo el nombre de Yahveh. Esta constante afirmación de monoteísmo puede parecernos natural. No habría por qué destacarla. Sin embargo constituye el FUNDAMENTO DE LA FE ISRAELITA. Nosotros vivimos en un mundo pluralista, pero monoteísta. Israel no. Más allá de sus fronteras dominaban dioses paganos. El panteón asirio, por ejemplo, gozaba de gran prestigio. Abrahán mismo procedía del paganismo: “Josué dijo a todo el pueblo: Esto dice Yahveh, el Dios de Israel: al otro lado del río habitaban antaño vuestros antepasados, Téraj, padre de Abrahán y de Najor, y SERVIAN A OTROS DIOS. Yo tomé a vuestro padre Abrahán del otro lado del río y le hice recorrer toda la tierra de Canaán, multipliqué su descendencia y le dí por hijo a Isaac” (Jos. 24, 2-3).

EL A. T. ES, PUES, LA REVELACION Y EL DESCUBRIMIENTO DE DIOS

Múltiples son las citas que podríamos aducir. Elegimos algunas de Isaías por su claridad y brevedad: “Así dice el rey de Israel y su redentor, Yahveh Sebaot:

Yo soy el primero y el último, fuera de mí no hay ningún dios" (44,6). "Volveos a mí y sereis salvados, confines todos de la tierra, porque yo soy Dios, no existe ningún otro" (45,22).

Sin embargo este monoteísmo no está libre de oscuridades iniciales y desviaciones. Hasta siglos después de Moisés los israelitas creyeron en el poder de otros dioses fuera de sus fronteras: "Con que Yahveh, Dios de Israel, —habla Jefté al rey de los amonitas en Jueces 11,24— ha desposeído a los amorreos en favor de su pueblo Israel, ¿y tú le vas a desposeer a él? ¿NO TIENES YA TODO LO QUE TU DIOS KEMOS HA QUITADO A SUS POSEEDORES? Pues igualmente nosotros tenemos todo lo que Yahveh, nuestro Dios nos ha dado en posesión". La elección inicial había sido definitiva y tajante: "El pueblo respondió a Josué: A Yahveh nuestro Dios serviremos y su voz atenderemos" (Jos. 24,24). Pero la tentación de idolatría no desaparecerá definitivamente hasta la época del destierro. Así los profetas tendrán que sacudir una y otra vez la conciencia del pueblo que veletea en la idolatría: "Cual se avergüenza el ladrón cuando es sorprendido, así se ha avergonzado la casa de Israel, ellos, sus reyes, sus jefes, sus sacerdotes y sus profetas, los que dicen al madero: Mi padre eres tú y a la piedra: tu me diste a la luz. Tras de volverme la espalda, que no la cara, al tiempo de su mal, dice: ¡Levántate y sálvanos! Pues ¿dónde están tus dioses, los que tú mismo te hiciste? ¡Que se levanten ellos, a ver si te salvan en tiempo de desgracia! Pues cuantas son tus ciudades, otros tantos son tus dioses, Judá; y cuantas calles cuenta Jerusalén, otros tantos altares hay de Baal" (Jer. 2, 26-27).

Nosotros, que desde niños contestamos con urgencia de sabios precoces a las preguntas del catecismo, estamos familiarizados con la vivencia de un solo Dios, infinitamente sabio, poderoso, espiritual y omnipresente. A Israel le costó siglos. La pedagogía divina enseñaba a su pueblo pacientemente a través de sus debilidades. Y así, Yahveh, único Dios, acabaría siendo además de todopoderoso, el Dios espiritual: "Yo soy Dios, no un hombre" (Os. 11,9), el Dios omnipresente: "porque el Espíritu del Señor ha henchido el mundo, y el que todo lo abarca sabe cuanto se dice" (Sa. 1,7), el Dios trascendente ante el que los ángeles cubren el rostro con sus alas (Is. 6), y el Dios próximo: "cuando Israel era niño, yo le amé y de Egipto llamé a mi hijo" (Os. 11,1).

Con Cristo llegará la plenitud de la luz: "Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorarle en espíritu y verdad" (Jn. 4,24), dirá a la samaritana. Y sobre todo la plena revelación del ser de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

la elección

ISRAEL ES ANTE TODO EL PUEBLO ELEGIDO: "Yo tomé a vuestro Padre Abrahán del otro lado del río". Esta vivencia perdurará, como fundamento de la fe, a lo largo de los siglos. Es una intervención de Dios en la historia. Una iniciativa gratuita por parte de Dios. Estamos, tal vez, en el siglo XVIII.

Con frecuencia Israel se volverá hacia aquel primer momento. Y A SIGLOS DE DISTANCIA ESTA ELECCION ESTARA CARGADA DE CONTENIDO. Será difícil separarla de otras realidades posteriores, como la Promesa, Alianza o Reino. Y TODAS ELLAS, en bloque, PROFETICAMENTE SERAN PROYECTADAS HACIA EL FUTURO.

El tema de la elección ni comienza ni termina con Abrahán. La de Abrahán sería la elección por antonomasia, la definitiva. Sin embargo, no faltan en el A. T. otras elecciones, como preparatorias de ésta, de cuyo carácter

histórico o simbólico prescindimos ahora. Tales son las de Noé (Gen. 7,1) o la bendición a Sem (Gen. 9,26). Y otras posteriores a aquélla. Jacob es también un elegido, como lo será Moisés, los reyes, especialmente David, y los profetas. Como elegida es también la tierra de Canaán, la montaña de Sión (Sal. 78,68) y el templo de Jerusalén (Dt. 12,5).

Pero, por encima de todo, por encima incluso de Abrahán, Jesús es el Elegido. El es quien da pleno sentido a la elección hecha en Abrahán. Por El se hizo la elección. Y en Jesús, piedra angular del nuevo edificio, la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, nosotros, somos también los elegidos. Así, San Pedro, en su primera carta (2,4-6.9-10) recogiendo el sentido del A. T. escribirá: "Acercándoos a El, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios, también vosotros, como piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptos a Dios, por mediación de Jesucristo. Pues está en la Escritura: HE AQUI QUE COLOCO EN SION UNA PIEDRA ANGULAR, ELEGIDA, PRECIOSA Y EL QUE CREA EN ELLA NO SERA CONFUNDIDO (...) Pero vosotros sois LINAJE ELEGIDO, SACERDOCIO REAL, NACION SANTA, PUEBLO ADQUIRIDO, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios, de los que antes NO SE TUVO COMPASION pero ahora SON COMPADECIDOS". Una elección nuevamente gratuita: "No me habeis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros" (Jn. 15,16).

la promesa

"Yahveh dijo a Abram: Vete de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De tí haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre, que servirá de bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldediré a quienes te maldigan. Por tí se bendecirán todos los linajes de la tierra (...) Llegaron a Canaán (...) Yahveh se apareció a Abram y le dijo: A tu descendencia he de dar esta tierra" (Gen. 12,1-3.5.7.).

Nuevamente nos remontamos a Abrahán. LA PROMESA ES CONSECUENCIA Y RAZON DE SER DE LA ELECCION. Su primer contenido. Pueblo elegido en el que todas las naciones serán benditas. Llamado a ser centro: poderoso y grande. La promesa constituirá la gran esperanza.

Inicialmente sus matices serán en substancia terrenos. La Promesa se irá concretando en realidades: liberación de Egipto, conquista de la tierra de Canaán. En los momentos de mayor tribulación la promesa brillará con más fuerza. Son hechas nuevas promesas: "Las cosas antiguas he aquí que se han realizado, y os anuncio cosas nuevas; antes que se produzcan os las hago saber" (Is. 42,9). Pero progresivamente, el objeto de la esperanza se irá purificando. De los bienes terrenos a los bienes espirituales. La Promesa hecha a David es ya un paso, intermedio en parte, en parte definitivo: "Mirad que vienen días en que suscitare a David un Germen justo: reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra" (Jer. 23,5).

Nuevamente también terminamos en Cristo. En Jesús desemboca el dinamismo esperanzador que naciera XVIII siglos atrás: "Bendito el Señor Dios de Israel, dice el cántico de Zacarías —Lc. 1,67ss.—, porque ha visitado y redimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo, como había prometido deste tiempos antiguos, por boca de santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odia-

ban haciendo misericordia a nuestros padres y recordando su santa alianza y el juramento que juró a Abrahán nuestro padre. . .”

Jesús es la promesa

Y nuevamente nosotros, Pueblo de Dios, somos, por mediación de Cristo, herederos de la Promesa de la que el pueblo de Israel era el depositario: “Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa” (Gal. 3,29), “pues la promesa es para vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Jesús” (Hechos 2,39).

la alianza

Han pasado alrededor de cinco siglos. Moisés es conductor y jefe del pueblo. Por medio de él, YAHVEH VA A REALIZAR UN PACTO CON SU PUEBLO, PRIMERA TRADUCCION O REALIZACION DE LA PROMESA. Los israelitas han experimentado el poder de su Dios, que los ha salvado de la idolatría y esclavitud de Egipto. Yahveh eligió a su pueblo. Ahora Israel elige a su Dios y Señor. He aquí la Alianza. El decálogo será la traducción del compromiso.

Los pueblos beduinos se aliaban entre sí, con un ceremonial propio de dicho compromiso bilateral. Algunos ejemplos de ellos podemos encontrarlos en el A. T. Se celebraba un banquete en común y se realizaba la partición de la Alianza: se partía un animal por medio y los dos contratantes pasaban entre ambas partes sangrantes. Con ello estaban dispuestos a sufrir la misma suerte en caso de violar lo prometido.

La alianza entre Yahveh y su pueblo observará este mismo ritual. “Vino, pues, Moisés y refirió al pueblo todas las palabras de Yahveh y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: haremos todo cuanto ha dicho Yahveh. Entonces escribió Moisés todas las palabras de Yahveh; y levantándose de mañana, alzó al pie del monte un altar y doce estelas por las doce tribus de Israel. Luego mandó a algunos jóvenes, de los hijos de Israel, que ofreciesen holocaustos e inmolaran novillos como sacrificios de comunión para Yahveh. Tomó Moisés la mitad de la sangre y la echó en vasijas; la otra mitad la derramó sobre el Altar. Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho Yahveh. Entonces tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: Esta es la sangre de la Alianza que Yahveh ha hecho con vosotros según todas estas palabras” (Ex. 24,3-8).

Esta Alianza se realiza por iniciativa de Yahveh: “sólo a tus padres se unió Yahveh y eligió a su descendencia después de ellos, a vosotros mismos, de entre todos los pueblos como hoy sucede” (Dt. 10,15). Y únicamente se romperá por el pecado: “El os reveló su Alianza, que os mandó poner en práctica las diez palabras que escribió en dos tablas de piedra” (Dt. 4,13). También está íntimamente ligada a la promesa, de la que en parte es realización y a la que en parte incluye explicitándola. “Ahora pues, si de veras escuchais mi voz y guardais mi alianza, vosotros sereis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; sereis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa” (Ex. 19, 5-6).

En adelante, el esfuerzo de los profetas irá dirigido a mantener en su pureza el clima de la alianza. Esta se renovará en momentos solemnes, como aquél, ya en tierra de Canaán, en el monte Ebal, siendo Josué jefe del pueblo (Jos. 8, 30-35), o aquel otro, a la vuelta del exilio, bajo la dirección de Nehemías.

Israel, sin embargo, romperá la alianza, y sufrirá su castigo. Así interpretarán los isrealitas la destrucción total de Jerusalén y el destierro a Babilonia. Pero en el horizonte comenzará a dibujarse una Nueva Alianza. "Pues así dice el Señor Yahveh: Yo iré contigo como has hecho tú, que menopreciaste el juramento, rompiendo la alianza. Pero yo me acordaré de la alianza que pacté contigo en los días de tu juventud, y estableceré en tu favor una alianza eterna" (Ez. 16,59-60). Nadie mejor que Jeremías supo expresar esa profecía suprema: la Nueva Alianza: "He aquí que vienen días —oráculo de Yahveh— en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva Alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano de Egipto; que ellos rompieron mi alianza y yo hice escarmiento en ellos —oráculo de Yahveh—. Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel después de aquellos días —oráculo de Yahveh—: pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jer. 31,31-33).

Y Jesús será quien la consume definitivamente: "De igual modo, después de cenar, el cáliz diciendo: Este es el cáliz de la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros" (Lc. 22,20). No es posible desarrollar más esta nueva conclusión y ver cómo está preparada y vislumbrada en la figura del "siervo" de Isaías, del "hijo del hombre", del Mesías prometido, y esperado. Cristo, el Elegido, la Promesa, es el verdadero realizador de la Alianza. Y por El, Dios "nos capacitó para ser ministros de una nueva alianza, no de la letra, sino del Espíritu" (2 Cor. 3,6).

el reino

A finales del siglo XI, unos siete siglos después de Abrahán (¿s. XVIII?) y más de dos de la salida de Egipto con Moisés (principios del XIII), tras el establecimiento del pueblo de Israel en la tierra de Canaán (Josué) y el período llamado de los Jueces (Debora, Gedeón, Sansón...), por obra de Samuel, el último de los Jueces y el primero de los profetas, las doce tribus de Israel se unifican bajo la realeza de Saúl. LA EXPERIENCIA DEL REINO VA A DEJAR HONDA HUELLA EN LA RELIGIOSIDAD JUDIA. UNA VEZ MAS, LA PALABRA DE DIOS VA A SER INSEPARABLE DE LA HISTORIA.

La entrada en Palestina había supuesto un gran cambio en la existencia de los israelitas. Un nuevo género de vida, derivado de su contacto con los cananeos, iba a marcar poderosamente sus instituciones y costumbres. Estos, divididos en pequeños reinos independientes, constituían un pueblo esencialmente agrícola; eran buenos constructores de torres, murallas, conducciones de agua... Los isrealitas aprenderían a plantar, edificar y dejar su nomadismo.

Los dioses de los cananeos —Baal (masculino) y Astarté (femenino)— eran personificaciones de las fuerzas de la naturaleza: sol, luna, cielo, estrellas... Fiestas lujuriosas, prostitución sagrada, sacrificios humanos... Los isrealitas, ligados ya a la agricultura, inclinados a la idolatría, y de un monoteísmo aún imperfecto, no se sacudirán con facilidad el atractivo de los cultos paganos. Los Libros Sagrados registrarán un fuerte conflicto entre ambas religiones que persistirá hasta la época de la caída de Jerusalén, fecha clave, como enseguida veremos, en la historia de Israel. El culto a Baal y Astarté terminaría entonces por desaparecer, con el triunfo del Yahvismo auténtico, que en su nivel oficial no fue nunca influenciado por las prácticas idolátricas. No así el pueblo.

El reino supone la unión. Israel recobra, con nueva fuerza, la conciencia de pueblo. LA ALIANZA SE CONCRETIZA Y CONSOLIDA EN LA IDEA DEL REINO. Incluso cobra un contenido completamente nuevo. La realeza de Yahveh, que desde la entrada en Canaán expresaba para los israelitas de nueva forma, las relaciones entre Yahveh y su pueblo. (Pero Gedeón les respondió: No seré yo el que reine sobre vosotros ni mi hijo; Yahveh será vuestro rey" —Juec. 8,23—) pronto va a ser ejercida a través de un intermediario. Reino con un soporte temporal, por mediación de un rey determinado y fortalecido con una nueva promesa; la promesa hecha a David: "Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme eternamente" (2 Sam. 7,16).

Pero la experiencia del reino, fracaso tras fracaso, va a terminar en la aniquilación total del pueblo. Tras los reinados de Saúl (que se suicida), David y Salomón, se produce el cisma. Israel, al norte; Judá al sur. Se intensifican las guerras, revoluciones, idolatrías. Profetas como Elías, Eliseo, Amós y Oseas en el norte, e Isaías, Miqueas, Jeremías, etc., en el sur, constituirán la conciencia del pueblo y la voz de Yahveh. Se comienza a desconfiar del reinado terreno. Yahveh es quien reina.

La idea del reino no morirá, pues, con la realeza. La promesa hecha a David sigue en pie. "El Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido, y este reino no pasará a otro pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos estos reinos y él subsistirá eternamente" (Dan. 2,44). Un reino trascendente y eterno ("mi reino no es de este mundo", oiremos de Jesús) distinto del que soñarían los súbditos de David y Salomón, y reiteradamente anunciado por los profetas: "Aplicad el oído y acudid a mí, oid y vivirá vuestra alma. Pues voy a firmar con vosotros una alianza eterna: las amorosas y fieles promesas hechas a David" (Is. 55,3). La era mesiánica, esbozada con rasgos paradisiacos, está por venir: "Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño brotará de sus raíces. Se posará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh (...) Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá (...) Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de Yahveh, como llenan las aguas el mar" (Is. 11,1ss.).

Un nuevo reino y un nuevo rey. "No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin" (Lc. 1,30-33).

El tema del reino, Reino de los cielos (Mt.), Reino de Dios (Mc.), llegará a ser central en la predicación evangélica y paulina. Un reino, escándalo para muchos judíos, que no comprendieron la profecía; pero sus dimensiones estaban patentes en el hombre crucificado bajo aquel título irónico: "Jesús Nazareno, el Rey de los Judíos" (Jn. 19,19).

la salvación

En el año 722-21 cae el reino del Norte, Samaría, bajo el poderío Asirio. Siglo y medio después, en el 587, Nabuconodosor destruye Jerusalén. Desaparece también el reino del Sur. Ruina, dispersión: Israel es borrado del mapa. Los judíos son deportados a Babilonia en tres expediciones sucesivas...

Pero, una vez más, Yahveh no abandona a su pueblo. Una vez más va a ser el salvador de Israel. En el año 539 los persas destruyen Babilonia. Un año después, el 38, los judíos podrán volver a su tierra gracias al edicto de Ciro, quien por este motivo aparece en la Biblia glorificado. La brutal experiencia sufrida supondrá para el pueblo judío la regeneración definitiva.

El exilio marca una etapa cumbre. Un presente ligado fundamentalmente al pasado. Reflexión, examen de conciencia. En el pasado, Yahveh realizó una Alianza con su pueblo; pero el pueblo rompió la Alianza y pecó. Por eso ha sido castigado. En el futuro se observará la ley. Una nueva Promesa, una nueva Alianza, un nuevo Reino, una nueva y definitiva Salvación. Gracias a los profetas Jeremías, Ezequiel y Daniel, primero, y a Ageo, Zacarías, Malaquías, Esdras y Nehemías después, la vida religiosa del pueblo marcha hacia la conversión inquebrantable. Bajo Zorobabel se reconstruye el templo. Esdras convoca al pueblo y durante ocho días los judíos son instruídos en la Thorá. Se lee públicamente la ley, casi olvidada. Nehemías renueva la Alianza con Yahveh. Fe monoteísta para siempre. Fidelidad al Decálogo, que los sabios desarrollan con múltiples observaciones (libros didácticos).

Políticamente Israel pierde su autonomía (salvo en la época de los Macabeos, s. II-I). Ya no se habla de Israel o isrealitas sino de Judaísmo y judíos. Un Estado al mismo tiempo que una comunidad religiosa. El profeta deja paso al sacerdote, quien tomará la dirección del judaísmo. Surge la institución de los escribas.

Conviene aquí detenernos por un momento y reflexionar, una vez más, sobre algo que reiteradamente hemos indicado. Hemos de acercarnos, no sólo al contexto en el que se movió el pueblo de Israel a lo largo de su historia, sino también a la circunstancia concreta de cada libro de la Escritura. Acabamos de indicar la profunda huella que deja la experiencia del Exilio en la conciencia isrealita. Pues bien, la mayor parte de los libros del A. T. se escribieron después de este acontecimiento clave. Incluso, como ya indicamos, la recopilación de tradiciones y redacción definitiva del Pentateuco, donde se nos habla de nuestros primeros padres, del diluvio, del comienzo de la historia de Israel con Abrahán, del Éxodo, etc., data de esta época. No extrañará, pues, que todo el pasado adquiera ahora una luz nueva, unos relieves acentuados, una profundización y purificación creciente, una seguridad, que tal vez ignoraron los antepasados.

La experiencia de Yahveh Salvador es más fuerte que nunca. Yahveh, el único e indiscutible Dios, el todopoderoso, ES ESENCIALMENTE EL DIOS SALVADOR. Así lo ha experimentado ahora, como a través de la larga historia pasada. Como salvó a Noé del diluvio (Sa. 10,4), como salvó a los hijos de Jacob por medio de José (Gen. 45,5), y a MOISES Y LOS ISREALITAS DE EGIPTO (Ex. 14,13), a su pueblo por medio de Sansón (Juec. 13,5), de Samuel (1 Sam. 7,8) de Saúl (1 Sam. 11,13), de David (2 Sam. 3,18), etc. "Y dirás aquel día: "Yo te alabo, Yahveh, pues aunque te airaste contra mí, se ha calmado tu ira y me han compadecido. He aquí a Dios mi Salvador: estoy seguro y sin miedo, pues Yahveh es mi fuerza y mi canción, él es mi salvación" (Is. 12,1-2).

Dios será también Salvador en el futuro. Este es el estribillo de toda la profecía postexílica. "Porque así dice el Señor Yahveh: Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de las ovejas dispersas, así velaré yo por mis

ovejas. Las recobraré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas..." (Ez. 34,11-12). "Voy a reunir todo entero a Jacob, voy a recoger el Resto de Israel; los agruparé como ovejas en el aprisco, como rebaño en medio del pastizal, y no tendrán miedo de nadie. El que abre camino subirá delante de ellos; lo abrirá, pasarán la puerta y por ella saldrán; su rey pasará delante de ellos, ¡Yahveh a su cabeza! (Miq. 2,12-13).

La salvación se realizará por mediación del "siervo" de Yahveh, de Isaías: "Te voy a poner por luz de las gentes para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra" (49,6), del mesías-rey (Jer. 23,6). Así Simeón, aquel hombre justo que "esperaba la consolación de Israel" y a quien "había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor", comprenderá el sentido de aquellas palabras de Isaías, y podrá exclamar con Jesús en los brazos: "Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel" (Lc. 2,29-32). Jesús es la verdadera salvación, el redentor del mundo. El nos salvará del pecado, de la muerte y de la derrota. Salvará a los enfermos, a los pobres, a todo lo que estaba perdido. Así también, San Juan podrá atestiguar: "Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo" (1 Jn. 4,14).

punto final

Terminamos nuestro recorrido. Evidentemente, el desarrollo que hemos hecho de cada una de esas ideas fundamentales que atraviesan todo el A. T., es elemental. Hacer algo más exigiría varios artículos o un libro. Pero creemos que puede resultar iluminador, y facilitar nuestra lectura. Podemos y debemos leer el A. T. Nos enriquecerá enormemente. Aunque también necesitaremos de aquella doble actitud de la que hablábamos al principio. Es la única postura inteligente.

Hemos procurado tener en cuenta constantemente nuestras cinco primeras reflexiones. No separar la palabra de Dios de la historia; de su circunstancia. Ni privarla de su dinamismo.

El A. T. se nos ha aparecido como una grandiosa profecía, que se ha ido agigantando a través del tiempo. Y en el término siempre hemos encontrado a Cristo. Cristo el verdadero Elegido, la Promesa, realizador de la Nueva Alianza, Rey y Salvador. Si la palabra de Dios siempre fue inseparable de la historia, en Cristo se hace carne y plenitud. Prescindiendo de las correspondencias de detalle, entre el A. T. y la vida de Cristo, a las que popularmente se ha reducido el alcance profético de aquel (profeta no significa adivino), es ésta la verdadera dimensión, gigante y misteriosa de la profecía.

Hacia Cristo tiende, pues, toda la historia y la esperanza de Israel. En El encuentra la plenitud de su sentido. Por eso nosotros, pueblo de Dios, que a través de Cristo, formamos parte de aquella historia, podemos pensar que nuestra fe y esperanza, nuestra propia y cercana historia, que tiende y encuentra su sentido en Cristo, se hacen también profecía y palabra. Cristo es el centro, el principio y el fin.